PRIMERA PARTE DE LOS ROMANCES
DE LA PEREGRINA DOCTORA.

SOberana luz brillante,
que de ese azúl Pavimiento
eres lumbrera mayor,
vistiendote del Sol mesmo,
orlada de tantas luces,
que el enemigo sobervio
se abrazó, fatal pavesa,
en un terrible despeño,
por no ver que sola tu
has de quebrantarle el cuello.
A ti digo, Virgen Sacra,
Madre del Divino Verbo,
amparo de pecadores,
Palma, Luz, Libano, Huerto.
A ti digo, la que en gracia,
desde el instante primero,
ni Vos pudisteís ser mas,
ni Dios quiso fuesseis menos.
Madre de los pecadores,
siendo vuestro asilo cierto,
y el devoto que te llama,
logra siempre sus deseos:
dad à mi pluma la gracia,
que si la logro, pretendo
contar un caso admirable
de los muchos que haveis hecho.
Dad retorica à mis labios,
iluminad mis anelos,
inflamad mi corazon,
dad luz á mi entendimiento,
facundia à mi voluntad,
para que tierno mi pecho,
por los cauces de los ojos
salga en lagrimas deshecho,
para contar el mas raro,
mas peregrino, y mas nuevo
caso que admiran los siglos
en el transcurso del tiempo.
En la Ciudad de Lisboa,
en el Lusitano Reyno,
vivia un gran Potentado,
tan noble, y tan caballero,
que general de las Tropas
le hizo su Rey Don Pedro.
Le llaman Don Alejandro
de Figueroa, y Sarmiento;
este tal era casado,
(con que pena lo refiero!
con que pesares lo digo!
y con que dolor lo siento!)

con

con una bizarra Dama,
con un peregrino objeto,
con la muger mas hermosa
que habia en todo aquel Reyno,
tan discreta, y tan bizarra,
que si á Venus eligieron
por Diosa de la hermosura,
dando la manzana en premio,
en Doña Inés, con mas gracia,
se halla Palas, Juno, y Venus,
Se llama aquesta Señora
Doña Inés Portocarrero,
su esposo Don Alejandro,
que adora sus pensamientos,
la tierra que pisa besa,
y de continuo en su pecho
la idolatra retratada,
por tener algun consuelo.
Este tal tiene un hermano
dentro de Palacio mesmo,
que se llama Federico,
liviano, altivo, y sobervio;
aqueste se queda en casa
para despachar los pliegos,
quando el hermano salia
á cumplir con sus empleos,
siendo pirata de esclavos,
y verdugo de los negros,
enfado de las doncellas
que le estaban asistiendo;
porque á todos les servia
de muy grande contrapeso,
que lo que pasa en Palacio,
en todo se está metiendo.
Este tal se enamoró,
con mal nacidos intentos,
de la muger de su hermano,
Doña Inés Portocarrero:
anda triste, y desvelado,
sin color, y macilento;
hasta las aves le enfadan
quando buelen con el viento.
En fin se determinó
cierto dia, entre unos versos
que su esposo le escrivió,
echando un papel en medio
darle parte de su amor
con infernales intentos:
Tomó Doña Inés las cartas,
con alegria, y contento,
por ser de Don Alejandro
su consorte, y compañero.
Estandolas repasando,
reparó con aquel pliego,
estava muy poco hollado,
y escrito de poco tiempo.
Rompió la nema; y al punto
que ha comenzado à leerlo
en su presencia le arroja
hecho pedazos al viento.
Detente muger heroyca,
guarda el papel en tu pecho,
que podrá ser que te sirva
algun dia de provecho:
mas en fin ya lo rompió,
que lastima! no hay remedio.
Mas viendo Don Federico
el desayre que le ha hecho,
colerico, y enojado
brota por los ōjos fuego.
Mas ella disimulava,
y à solas está diciendo:
Quien ha de guardar mi honor,
quiere ofender mi respeto!
Mira por si Federico,
y respetese à si mesmo,
supuesto que dos hermanos
son dos almas en un cuerpo.
No le quiso decir mas:
él se metió en su aposento,
maldiciendo su fortuna,
jura por los altos Cielos,
que à pesar de todo el mundo
ha de lograr sus deseos.
Miró Doña Inés un dia
à Don Federico atento,

y

y le vido que traia
el rostro muy descompuesto,
y que le estaba brotando
la ponzoña, y el veneno;
mas ella como discreta;
entre si estaba diciendo:
aqueste quiere intentar
un villano atrevimiento;
mas antes que lo execute,
yo quiero poner remedio.
Mandó al punto, que viniesen
Albañiles, y Arquitectos,
y que en medio del jardin
hiciesen de jaspe negro
unas bovedas curiosas,
pintadas con azulecos,
quanto cupiese una cama,
mesa, silla, è instrumento;
y que à la puerta le pongan
unas barretas de hierro,
quanto se pueda por ellas
meter el mantenimiento,
con su golpe, como carcel,
el postillo fuerte, y recio.
En breve tiempo se hizo,
que à donde sobre el dinero,
muy presto se facilita,
por largo que sea el cuento.
De que estuvo aderezada,
con su cama, y lucimiento,
llamó luego à Federico
Doña Inés Portocarrero,
y le dijo: Hermano mio,
porque muy triste te veo,
quiero llevarte al jardin,
verás los arboles bellos,
verás una arquitectura
hecha de muy buen Maestro,
para en viniendo mi esposo,
que salga à tomar el fresco.
De que oyó aquestas razones
se alegró mucho en estremo,
entendiendo que la rosa
se iba convertiendo en zelos.
Se fueron ácia el jardin,
viendo aquel cristal ameno,
con la cama tan curiosa,
le dió el corazon un buelco,
diciendo, aquesta es mi suerte,
oy se logran mis deseos.
Mas dijole Doña Inés,
con engañosos intentos:
Entre usted Don Federico,
toque usted ese instrumento,
mientras yo cojo unas flores
de las mejores del huerto.
Hizo lo que le mandó;
y apenas lo vido dentro,
tiró luego de la puerta
con tan varonil esfuerzo:
que quando el golpe echado,
quedó Federico preso;
diciendole: aqui se pagan
malicias, y atrevimientos.
De que oyó aquestas razones,
tiró al suelo el instrumento,
escarva, bufa, y patea;
parece un Leon sangriento;
jura que se ha de vengar,
à pesar del mundo entero.
Ella se fué à su retrete,
dejandole en cautiverio:
Quando vienen à Palacio
visitas de Caballeros,
de Señores Principales
de sus parientes, y deudos,
quando preguntan por él,
dice Doña Inés á tiempo,
que le ha dado un accidente,
y un frenesí descompuesto;
que allí lo tiene metido,
para tenerlo sujeto,
que los regalos del mundo
de sobra los tiene dentro.
Desde entonces Doña Inés
despachó todos los pliegos,

di-

diciendo, que está su hermano
melancolico, y enfermo.
Allí lo tuvo seis meses,
sabiendo por el correo
como el campo se levanta,
y que los Reyes hicieron
treguas por otros seis meses;
y que prospero, y contento
viene ya Don Alejandro;
echando plumas al viento;
la bizarra Doña Inés
le llevó un vestido nuevo,
un caballo enjaezado,
la peluca, y el sombrero;
un Maestro que le afeyte,
y que montase ligero;
y le salga á recibir
con ambos brazos abiertos,
sin darse por entendido
del intentado suceso;
que lo que ha hecho con él;
debia de agradecerlo.
Con esto le abrió la puerta,
aunque con algun recelo;
y él no se quiso vestir,
que con el ropage mesmo,
y sin afeytarse, monta
en el andaluz sobervio.
El hermano que lo vido
tan abominable, y feo,
le pregunta: Hermano mio;
como vienes tan horrendo?
qué pesares te molestan?
qué disfraces son aquestos?
Entonces le respondió
desta manera diciendo:
Tu esposa tiene la culpa
de verme como me veo,
pues porque no hice su gusto;
que descanzando en mi lecho
una noche me insistió,
echandome mil requiebros;
pero yo la respondí
dandole dos mil consejos,
y por aquesta ocasion
me ha estado dando tormento,
y me ha tenido hasta ahora
en un mauseolo preso.
Don Alejandro que escucha
tan terrible atrevimiento,
como un marmol se quedó
un largo raro suspenso,
que quisiera que el abismo
le sepultara en su centro;
y entrando por el Palacio,
le salió al recibimiento
aquella blanca azucena;
aquella joya sin precio,
à recibirlo en sus brazos
del alma; y él con despego,
le pegó una bofetada;
por la injuria de sus zelos;
y por no ver su hermosura
mandó que quatro monteros,
que son hombres de mal alma,
la llevasen á un desierto:
y que la saquen los ojos,
y el corazon de su centro,
y en un paño se lo traygan,
para quedar satisfecho.
Qué lastima! que dolor!
que pena! que sentimiento!
ò que injusticia! que agravio!
que castigo sin deberlo!
Si no rompiera el papel,
que allá dije, en este aprieto
él diria de Federico
la maldad, y atrevimiento.
Salen una noche triste,
amparados del silencio
aquellos facinerosos,
caminando muy ligeros;
hasta que á un monte llegaron
muy encumbrado, y espeso,
para ejecutar la orden
que llevaban de su dueño:

A la inocente Señora
arriman á un duro fresno
determinando gozar
aquella joya sin precio.
Arman tán cruel batalla,
sobre el que ha de ser primero,
que los quatro parecian
unos lobos carniceros:
Pero la Virgen MARIA
bajó los ayres rompiendo
con su Hijo de la mano.
Sacro Niño, y Rey inmenso;
le dice: Devota mia;
libre estás, no tengas miedo,
y yá vendré à visitarte,
aunque yo nunca te dejo.
Un Leon te ha de traher
proporcionado alimento,
y con este te ha de guardar,
que estés velando, ò durmiendo:
La Virgen, y el bello Niño
de alli desaparecieron,
quedandose Doña Inés
confusa en su pensamiento,
por saber de que un Leon
le ha de dar el alimento.
Y en el segundo Romance
dará Juan Miguel del Fuego
à todo oyente noticia
del fin de aqueste suceso.

SEGUNDA PARTE.

VAmos ahora à los quatro
que se quedaron riñendo,
que entre los tres dieron muerte
al que era Mayoral de ellos,
y los otros que se hallaron
la jaula sin el gilguero,
la buscaron por el monte,
como caballos sin freno:
mas viendo que no la hallan
hicieron este concepto;
muy bien habemos quedado!
qué buena cuenta daremos
allá de nuestras personas
del encargo que trahemos?
Lo que podemos hacer
con este difunto cuerpo,
será sacarle los ojos,
el corazon, y en un lienzo
se lo podremos llevar,
y cumpliremos con eso:
en breve lo ejecutaron,
que fué diciendo, y haciendo:
Ván la buelta de Palacio,
y entregan en el pañuelo
el corazon, y los ojos;
y Don Alejandro atento:
con cuydado preguntó
por el otro compañero;
todos juntos à una voz
estas palabras dijeron.
Tambien se quedó en el monte,
porque quiso muy sobervio
profanar à Doña Inés,
y lo matamos por ello,
y en el monte se quedó
por andar muy descompuesto.
Bolvamos à Doña Inés,
que estando tomando el fresco,
sentada junto á una fuente,
bolviendo el rostro sereno
vido venir el Leon,
tan galan, tan halagueño,
tan hermoso, tan bizarro,
que daba contento al verlo;
y que en la boca traía
un canastrillo pequeño,
hecho con dos mil primores,
todo de viandas lleno.

Hi-

Hizole una cortesia
y lamiendo los dedos,
le entregó su canastrillo
à su Señora, y su dueño,
y á la puerta de la cueva
paseandose, y rugiendo,
anda hecho centinela,
guardandola muy atento.
Al otro dia siguiente
bolvió á ejecutar lo mesmo,
pasando todos los dias
las cosas que aqui refiero.
Vamos á Don Federico,
que preguntó á los Monteros,
si es verdad que la mataron,
que les guardará el secreto,
y que tambien les dará
gran cantidad de dinero.
Todos dijeron, que no,
y contaron el suceso,
como se quedó en el monte
sin agraviarla en un pelo,
Don Federico responde:
en el alma os lo agradezco;
todos juntos hemos de ir
á buscarla muy de cierto,
antes hoy que no mañana;
y á mi hermano le diremos,
que á una rica montería
voy con otros Caballeros.
Salen del Palacio, y llegan
á el segundo Pirineo
de aquel encumbrado risco
peñas, y montes batiendo:
mas quiso su mala suerte,
que con la boveda dieron
donde Doña Inés estaba,
para la perdicion de ellos;
que el Leon de que los vido,
muy enojado, y sangriento,
à los tres despedazó,
en menos que puede un Credo
rezarse en Latin, y el otro,
aunque vivo, casi muerto;
mas Doña Inés lo libró,
que hiciera con él lo mesmo;
porque era Don Federico,
y lo conoció al momento:
no cupo en su sangre noble
aquel refran verdadero,
porque ella la mala obra
la pagó con buen estremo:
Va la vuelta del Palacio,
con mentiras, y embelecos,
diciendo, que un Javalí
le mató los compañeros,
y que él con cinco heridas
se subió encima de un Cedro;
y que de allí se escapó,
de aquel tirano sobervio.
Dejemos ya tanta prosa,
no quiero ser tan molesto,
no me diga mi auditorio,
si es cabeza de proceso,
y me dén campanillazo,
como al que predica necio.
En un dia señalado
de la Encarnacion del Verbo,
se apareció à Doña Inés
la Virgen de los Remedios,
alegrando plantas, flores,
riscos, valles, y desiertos,
diciendole; Dios te guarde,
hija, ya se llegó el tiempo
de que dejes este sitio,
y te vayas á tu Pueblo,
y curarás á tu esposo,
que dias ha que esté enfermo;
y tambien à tu cuñado,
que las heridas vertiendo
todavia la están sangre,
y perdonale sus yerros.
El Leon que te ha traído
el quotidiano alimento,
ha sido por mi mandado,
que asi pago quando quiero,
re-

reservando à mis devotos
deste, y semejantes riesgos.
Con esto le dió la Virgen
un vasito muy pequeño
lleno de balsamo heroyco,
como bajado del Cielo,
quedandose Doña Inés
metida en un pasagero
camino que va á Lisboa,
con su baculo, y sombrero,
y peregrinando llega
à la Ciudad en breve tiempo,
à donde en ella curó
muy grande copia de enfermos,
sin que el balsamo precioso
se menoscabára un pelo.
Toda la Ciudad se admira
de la Peregrina, viendo
los enfermos que curaba
tan consumidos, y secos,
y luego los vian sanos
dentro de muy breve tiempo.
Vá la nueva al General
Don Alejandro Sarmiento,
que estaba ya desauciado
de los libros de Galeno,
y juntamente su hermano.
Al instante previnieron
un coche con quatro mulas,
y por la Ciudad atentos
buscando la peregrina,
preguntan á todo el Pueblo.
Vinieron á dar con ella
en un dichoso Convento
de las Mongitas Descalzas,
que estaba con santo zelo
curando las Religiosas
de tabardillos molestos.
Entre dos Comendadores
en el coche la metieron:
ván la buelta de Palacio,
y visitando al enfermo;
tomandole el pulso, dice:
Diga, Señor Caballero,
de que pende esa dolencia?
El dice: De sentimiento,
y de un gran dolor continuo,
que desecharlo no puedo.
Entonces ella responde:
No es mucho ese sentimiento,
ni aquese dolor es mucho,
pues que de dolor no ha muerto.
Apenas le echó en los labios
aquel balsamo supremo,
se levantó dando gracias
á el Divino Padre Eterno:
Quiso ella tomar la puerta;
mas le atajaron los buelos,
diciendo: Señora, tenga,
que hay que curar otro enfermo.
Entonces ella responde:
por mi vida que no puedo
detenerme ni un instante,
ni á curarle yo me atrevo,
si en publico no confiesa
todas sus culpas, y yerros.
Dijo el enfermo que si,
que estaba ya casi muerto,
y le hieden las heridas,
como trescientos mil perros.
Mandó juntarse la gente
de sus parientes, y deudos,
hasta los mismos criados,
que en Palacio están sirviendo
á todos pidió perdon,
pero à su hermano primero:
el hermano le perdona
al instante, y al momento.
Hermano, y Señor, tu esposa
era una joya sin precio,
era una arca de esmeraldas,
ejemplo de los ejemplos,
dechado de las mugeres,
y espejo de los espejos:
y yo tan vil criatura,
quise ofender su respeto,

y

y por aquesta ocasion
me tuvo seis meses preso;
y yo por vengarme de ella
le levanté el falso enredo.
Don Alejandro que escucha,
echó mano al fuerte azero,
diciendo: Vil hermano,
atrevido, y desatento,
por haberte perdonado
en tu sangre no me vengo.
Entonces la Peregrina
lo fué untando con los dedos
las heridas, y al instante
se levantó sano, y bueno.
Grande copia de doblones,
que pasaban de trescientos,
le dán á la Peregrina;
y ella haciendo menosprecio,
dice: Guarden las monedas,
quiten allá ese dinero,
que quizás les hará falta
para sustentar los negros.
Mas con cuydado miraba
el Don Alejandro, atento
el rostro á la Peregrina,
y el traslado de su pecho,
viendo que era todo uno,
se abrazó en vivos incendios,
le dice: Señora mia,
de que Patria, ò de que Reyno
es usted, aunque perdone.
Ella con suaves ecos
le respondió, Señor mio,
yo soy de todos los Reynos,
vecina de todo el mundo,
y á mi llaman por eso
la Peregrina Doctora,
sin interés de dinero;
la que curó á su marido,
y á su enemigo protervo.
Entonces Don Alejandro
le dió un abrazo muy tierno,
reconoció que es su esposa
aquel hermoso portento.
Toda la Ciudad se admira
la gran maravilla viendo;
de puro contento lloran,
y parece un Jubileo,
de Damas, y de Galanes,
y parientes que acudieron
que en el Palacio no caben
sabiendo aquese suceso.
En la Ciudad de Lisboa
hacen fiestas, y torneos,
toros, y juegos de cañas,
comedias, y pasatiempos.
A Don Federico casan
con otro retrato mesmo
hermana de Doña Inés
Doña Elvira de San Diego,
quedando Don Alejandro
prospero, alegre, y contento
con su esposa Doña Inés,
rosa, clavellina, espejo,
Peregrina montañesa,
la que estuvo en el desierto,
la que libró á su enemigo
de manos del Leon fiero,
Y la Virgen nuestra Madre
la libró de los perversos,
cubriendola con su manto,
poniendo al demonio freno,
que siendo devota suya,
la libró del desconsuelo.
Y asi, por fin de esta historia
pide Juan Miguel del Fuego,
nos asista la que en gracia
es Madre de los Remedios,
y con su amparo, y auxilio
logramos gozar el Cielo.

F I N.

Barcelona: Por los Herederos de Juan Jolis, en los Algodoneros.